

En el jardín de San Bruno

Uno de los mejores momentos del día era el paseo de media mañana por los jardines de la iglesia de San Bruno. Aquel día había comenzado muy temprano: oración con sus compañeros antes del amanecer, laudes, misa, estudio, visitas. Como acababa de regresar a la parroquia, tomó un libro de la estantería de su habitación y salió por una puerta lateral. Era una hermosa mañana de febrero de 1816. Hacía frío, pero el sol y la naturaleza habían firmado una tregua con el duro rigor del invierno.

Nada más salir al jardín oyó el ruido y los gritos. Se acercó con paso apresurado y vio que un grupo de muchachos, adolescentes muy jóvenes, estaban golpeando a un compañero que se acurrucaba indefenso en el suelo.

—¡Eh! —gritó Coindre— ¿qué pasa ahí?

Los agresores levantaron la vista y todavía se escapó alguna patada que resonó como el golpe de una caja hueca en el cuerpo de la víctima. Después de una breve duda, tres muchachos salieron corriendo y enseguida se perdieron al fondo del jardín, camino de las calles más pobladas de la Croix-Rousse.

El sacerdote se acercó apresuradamente al joven, que en este momento se incorporaba con muchas dificultades.

—¿Estás bien? —preguntó Coindre mientras le ayudaba a levantarse tomándolo con mano firme de uno de sus brazos.

—Déjeme, estoy bien —respondió el joven, al parecer no demasiado cómodo con aquella ayuda imprevista.

—Tienes una ceja rota. Está sangrando —dijo el sacerdote mientras el muchacho se echaba la mano al rostro y notaba inmediatamente la humedad de su propia sangre.

Coindre sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo dio al chico, que se lo puso en la ceja.

—¿Qué ha pasado?

—Nada —respondió el muchacho.

—Pues con dos “nadas” como este, te vas al otro mundo.

El chico sonrió. Tenía humor el curita. A pesar de las magulladuras de su cuerpo y de latido interno que sentía en la frente, aquel cura le había hecho sonreír.

—A esos tres los he conocido en la cárcel —arrancó el joven—. Ahora quieren que trabaje con ellos, robando, y me piden el poco dinero que gano. Yo no quiero eso para mí, quiero un trabajo normal, en un taller, pero cuando se enteran que he estado en la cárcel me cierran todas las puertas.

—¿Por qué has estado en la cárcel?

—Por nada.

—¿Ya volvemos otra vez con el señor nada? —dijo el sacerdote mientras el muchacho volvía sonreír.

—Bueno, robé en el mercado.

—¿Qué robaste?

—Medio cordero —respondió el joven mientras el Padre Coindre emitía un breve silbido, no se sabe si de reproche o admiración—. He estado seis meses en la cárcel.

El padre Coindre se quedó pensativo un momento. No sabía cómo podía ayudar a aquel joven. Después de dos años y ocho meses en Bourg-en-Bresse, acaba de llegar a Lyon para proseguir con su esperanzadora carrera de predicador. ¿Qué podía hacer? Ese no era su mundo. Ya había organizaciones de caridad que podían atender casos como estos.

—¿Cuántos años tienes?

—Catorce.

—¿Hay muchos chicos como tú en la cárcel?

—Unos cuantos, más bien muchos.

—¿Y qué hacéis allí durante todo el día?

—Nada —dijo el muchacho mientras Coindre enarcaba las cejas ante la nueva aparición del señor nada—. Bueno esta vez es verdad. Allí no hacemos nada, por lo menos nada bueno. Los presos viejos nos hacen trabajar para ellos, limpiando su ropa, haciendo sus tareas. A veces nos obligan a cosas peores... —Bajó la vista avergonzado y Coindre sintió que se le rompía el alma.

—¿No hay nadie que os enseñe el catecismo?

—Eso, allí dentro no sirve —respondió el joven con algo de ironía.

—¿No tenéis ningún maestro que os enseñe a leer y escribir?

—¿Para qué? —dijo el chico encogiéndose de hombros.

Coindre pensó que no podía dejar las cosas así. Ese muchacho necesitaba que alguien le echara una mano, y él se había hecho sacerdote no solo para predicar, sino también para ponerse al servicio de los pobres. Eso es algo que tenía claro desde el primer momento de su ordenación.

—Mira, no soy más que un pobre coadjutor de esta parroquia de San Bruno. Quisiera ayudarte pero...

—No se preocupe Padre. En todas partes me pasa lo mismo. Buenas palabras, nada más —interrumpió el joven con el signo de resignación en la mirada.

A Coindre le dolió esa mirada, que tanto decía de la realidad de los pobres. Todo el mundo se compadecía, pero nadie se involucraba.

—Mira —reaccionó el sacerdote—. Ahora no puedo hacer nada por ti, pero hazme el favor de volver mañana a esta misma hora. Conozco a la señora dueña de un taller y estoy seguro de que tendrá un trabajo para ti.

El muchacho miró al sacerdote con cierta ilusión teñida de un matiz de desconfianza.

—¿Cómo se llama usted?

–Yo soy el Padre Andrés Coindre.

–Mañana a esta hora estaré aquí, Padre Coindre. Muchas gracias.

El chico devolvió el pañuelo ensangrentado al joven sacerdote, que lo recibió con cierta precaución. Salió corriendo y enseguida se perdió por el fondo del jardín.

Coindre tenía tarea para ese día. Debía ir al taller de tejidos de la señora Besson, muy cerca de San Bruno, para tratar de buscar trabajo a ese joven. Elevó la vista al cielo y allí, en la cima la de la cúpula semiesférica de la cartuja vio el signo de los monjes: una cruz enhiesta sobre la bola del mundo. "Stat crux dum volvitur orbis", dijo para sí mismo. "El mundo da muchas vueltas, pero la cruz siempre permanece. Todas las vanidades del mundo hay que medirlas por su sumisión a la cruz. Ayúdame señor a ser siempre fiel a tu voluntad. Bendice a este joven para que en su pobreza sea capaz de caminar hacia ti".

Entró por la puerta lateral de la iglesia. Pensaba que el acontecimiento de esa mañana iba a tener un papel determinante en su vida. Todavía no sabía cómo.